

Violinista

## Florián Vlashi: 'Es difícil tocar música si no conoces a Kafka o a Fellini'

"Descubrí lo prohibido en la biblioteca de mi padre. La dictadura consideraba arte decadente todo lo moderno, incluso la música"



"Necesitamos promoción. Es música del siglo XX y es más difícil, pero no es inaccesible", dice Florián Vlashi (Durrës, Albania, 1963), violinista de la OSG, con cuyos solistas formó y dirige el Grupo Instrumental Siglo XX, que ha estrenado más de 40 obras de autores contemporáneos, en su mayor parte gallegos. Vlashi vive desde 1992 en A Coruña: "No encontré razón alguna para irme", asegura



El violinista Florián Vlashi. / fran martinez

**ISABEL BUGALLAL | A CORUÑA** Ensayo en la sede de la Fundación Seoane el concierto que daría esa noche, en el antiguo patio del moderno edificio. Miroir (espejo), de Miyoshi, es el título de una de las piezas, "una obra muy turbulenta, con contrastes extremos y una rítmica muy compleja que cambia continuamente". Es rápida, con golpes de arco, vertiginosa. "Nada permanece, todo se mueve", como en la máxima zen, dice Vlashi.

El día es nuboso pero Vlashi teme menos a la lluvia que al ruido. Y se lo advierte al director del centro. "Ten en cuenta que una de las obras se llama Silencio". Es una pieza de Susumo Yoshida. "Ni siquiera Cage alcanzó el silencio", le espeta Alberto Ruiz de Samaniego.

"El silencio no es la nada", explica en un ruidoso bar Florián Vlashi. "En una ocasión, interpreté una pieza de John Cage, 4' 33, cuatro minutos y medio de silencio. Sólo se oía el ruido de la calle, los coches, las gaviotas, el murmullo del público. Y, de pronto, sonó un teléfono móvil con música de Mozart. Y la gran carcajada. Un crítico dijo después que había sido una tremenda tomadura de pelo al público. Para otro, fue lo mejor del Festival Mozart".

"La obra de Cage es tan sorprendente como la de Duchamp cuando colocó un urinario en un museo. En el arte -afirma-, a veces son necesarios estos cambios bruscos para reflexionar sobre lo ya hecho y sobre lo que se va a hacer".

-¿Cómo vino a dar aquí?

-Me seleccionaron en 1992 en un concurso, en Alemania, para venir a la Orquesta Sinfónica de Galicia. No conocía ni el país, ni la ciudad ni la lengua pero enseguida me sentí como en casa.

-Y decidió quedarse.

-Vine con mi mujer, violonchelista, tuvimos dos hijos y no encontré ninguna razón para marcharme. La orquesta es una de las mejores de España y tengo grandes colegas con los que formé el Grupo Instrumental Siglo XX.

-Y vive instalado en Meirás.

-Sí, cerca del pazo, es un paraíso absoluto, con vistas sobre la bahía de A Coruña. Hay un silencio ideal para la música. Tengo una bodega y una gran colección de cuadros de artistas albaneses. Se puede vivir y trabajar muy bien entre los cuadros, el vino y la naturaleza de Galicia.

-¿Sus hijos hablan el albanés?

-Perfectamente, los idiomas son una riqueza, mi padre hablaba seis. Y saben gallego, claro. Daniel, de 12 años, ya toca el violín. El otro, de 5, se llama Martín. Son nombres albaneses que suenan igual aquí, como estamos con un pie aquí y otro allá... Cada dos años vamos al festival de Durrës con el grupo de música, es una obligación moral, hay que devolver algo de lo que te han dado. Hay miles de hilos invisibles que me relacionan con Albania.

-Creció en un país comunista, ¿cómo fue?

-En mi caso no importaba tanto el mundo exterior como el particular. Mi padre, que es escritor y director teatral, tenía una gran biblioteca con 6.000 libros, y muchos discos. Allí conocí los libros prohibidos, y a Kafka y Proust, y la pintura de Picasso. Entré de pequeño en ese mundo y descubrí a escondidas lo prohibido. Todo lo que era moderno se consideraba arte decadente. Todas las dictaduras temen lo nuevo. Incluso la música moderna le daba pánico porque su esencia es la libertad absoluta, es una música sin dogmas, fuera de la dictadura de la tonalidad. En una exposición en Madrid, en el Thyssen, de Kandinsky y Schoenberg, que también pintaba, sonaba su música y me transportó al ambiente de mi casa. Es difícil tocar música si no conoces la literatura de Kafka o el cine de Fellini. Mientras Proust escribía En busca del tiempo perdido escuchaba a Debussy. Todo se relaciona, es imposible separar.

-¿Para entender a Schoenberg hay que conocer a Beethoven y Mozart?

-Adorno decía que el viaje hacia el futuro empieza en el presente. Interpreté a Xenakis ante un grupo de niños y seguían la música fascinados. Una música tan difícil para las personas educadas en la música y fascina a los niños porque ellos no están contaminados. Ahí me convencí de que la educación musical debe empezar

en el colegio.

-¿Bach lo es todo?

-Es una figura absoluta. Es uno de los hechos que demuestran la existencia de Dios, como decía Einstein de Menuhin. Es la música misma. Muchas obras modernas tienen la sombra de Bach.

-Pero "liberadas de la dictadura de la tonalidad".

-El siglo XX derrumbó el edificio de la tonalidad y la música se hizo libre, reflejo de los cambios del siglo XX, un siglo apasionante.

-¿Hay mucho camelo?

-Hay mucho experimento y eso está bien, pero no todo es bueno; el tiempo lo dirá. La música de Mozart en su tiempo fue contemporánea y no se hacía otra clase de música. Ahora, en cambio, se toca más música antigua que moderna. También en tiempos de Beethoven se hizo mucha música mala que no llegó hasta hoy. El viento del otoño se lleva las hojas, como dice Kadaré, también albanés. Nos bombardean con música fácil, no se profundiza, estamos en la mcdonadlización de la cultura. Alessandro Baricco lo expresa muy bien en Los bárbaros. Los niños deberían de estar obligados a aprender a tocar un instrumento musical para transmitirles la idea del trabajo continuado, del esfuerzo diario. Lo nuevo entra con mucha dificultad y es difícil disfrutar lo que cuesta entender. Pasó siempre, el estreno del Bolero de Ravel fue un escándalo y La consagración de la primavera, de Stravinski, acabó en abucheos. A lo nuevo le cuesta entrar pero al final entra.

-¿Cada violín tiene su sonoridad?

-Es un misterio, pero si hablamos de violines tendremos que quedar varias tardes. Es un mundo aparte. No es un objeto, es un ser. Es delicado, frágil, hay que arroparlo y protegerlo, y no suena igual en todas las ocasiones.